

ESTIMADOS AMIGOS: Mary Baker Eddy dio a sus estudiantes 26 temas para ser estudiados dos veces al año en forma de Lecciones Semanales Bíblicas. Durante el año y de acuerdo al orden que ella estableció, presentamos frescos panoramas de cada tema, por Científicos Cristianos sobresalientes. De esta manera, esperamos compartir con ustedes nuevos desarrollos de su infinita revelación.

La selección de la semana es – QUE EL MUNDO LO SEPA – por W. Gordon Brown.

## Introducción

Uno Indivisible En un *Christian Science Journal* reciente, Mary Baker Eddy hace la siguiente impresionante declaración de largo alcance, en relación con el papel que jugó el pueblo Hebreo en la historia del Antiguo Testamento. Ella dice:

***“Las doce tribus de los hijos de Israel son un modelo para toda la raza humana”.***

En tanto que los hijos de Israel por sí mismos constituían tan sólo una pequeña porción de la raza humana, simbólicamente y de acuerdo a la visión espiritual de la descubridora y fundadora de la Ciencia Cristiana, ellos verdaderamente representaron su totalidad. Y fue seguramente debido a esta verdad implícita de lo que representaban, que llegaron a considerarse a sí mismos como ‘el pueblo elegido por Dios’.

De lo contrario, ¿cómo es posible que consideremos a una nación tan pequeña del Este Medio, la cual llegó a ser tan prominente al comienzo del segundo milenio antes de Cristo, como ‘el pueblo escogido por Dios’? Porque si lo que Israel representa bíblicamente es la familia humana completa, entonces debió haber sido la propia humanidad como un todo indivisible, lo que verdaderamente constituye ‘el pueblo elegido por Dios’.

Luego, ¿cómo es que pudo acontecer que la nación Hebrea, conocida como ‘los hijos de Israel’, fueran guiados a considerarse ellos mismos ‘el pueblo elegido por Dios’, y llegar en consecuencia a ser los actores principales en el gran drama de la vida desplegado en el Antiguo Testamento?

La razón es que en un mundo profundamente sumergido en un paganismo religioso y panteísmo politeísta, y por lo tanto dividido sectariamente dentro de sí

mismo, sólo Israel, entre todos los pueblos de la tierra, se halló digno para encargarse de un poderoso movimiento mundial, un ideal de transformación mundial, es decir, aquél del monoteísmo espiritual de un Dios supremo y absoluto – el Santo de Israel – habiéndose hecho a sí mismo custodio de este ideal para bien de todo el resto de la humanidad.

Desde un punto de vista histórico, tal idea tuvo que tener su comienzo en algún lugar antes de que pudiera expandirse y multiplicarse, y eventualmente abarcar la tierra. Cuán natural, entonces, el que debió haberse iniciado entre los pueblos de la Creciente Fértil del Este Medio, en la región donde el movimiento mundial de civilización de la humanidad, tal como lo conocemos hoy en día, también tuvo su origen.

Imaginemos por lo tanto este ideal divinamente monoteísta con el cual Israel fue responsabilizado, el cual amó y cuidó y así exhibió orgullosamente, y el cual vino al fin a su plenitud en las misiones de los dos testigos de Dios, Cristo Jesús y la Ciencia Cristiana; – imaginemos esta idea activamente en operación como la levadura espiritual en el corazón de la conciencia mundial, provocando que la humanidad, al cabo de las épocas, gradualmente fuera despertando a la verdad de su identidad determinada por Dios, hasta que al final, tampoco tuviera otros dioses, tampoco otros objetos de adoración, salvo el Dios original y absoluto de Israel.

Cuando, por consiguiente, al final de la historia en las Escrituras, en el Libro de la Revelación, esta Deidad suprema y toda-gobernante se manifiesta a sí misma en la forma de una ‘ciudad’ universal en cuadro, descendiendo de Dios, fuera de los cielos, esto señala el punto en el cual la idea que comenzó con los hijos de Israel en los primeros capítulos de Génesis, es vista verdaderamente como la realidad divina de la raza humana – esta celestial ciudad materna no siendo mas que la civilización del mundo tal y como es conocida y concebida por su eterno Principio divino, el Amor. De ahí el estatus universal, singularmente espiritual, acordado por los primeros Israelitas. (Observemos que las palabras ‘ciudad’ y ‘civilización’ tienen esencialmente el mismo significado raíz.)

Así la poderosa metrópolis de Revelación 21 es aquélla en donde la raza humana, en la divina realidad de su ser, habita armoniosamente en paz y unidad tal y como el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana llama: “[la] gran hermandad” del hombre genérico. (518:15) La *Ciencia divina de las Escrituras nos conduce así a la Ciencia divina del hombre*, por tanto, a eso que (de nuevo en las palabras del Libro) está “tejido en una sola tela unificada, sin costura ni rasgón” (242:26-27)

Por lo tanto, ya sea que estemos viendo las Escrituras o la historia de la propia civilización, la vista entretejida del cosmos con la cual este libro presente se relaciona, es ésa del Principio de Vida universal, el Dios que es el Amor omnímodo, trayendo a expresión la salvación de la humanidad de la mortandad, el pecado, la enfermedad y la muerte. Esto lo hace por medio de esas dos fases complementarias del proceso de salvación; primero la obra de vida del individuo

Cristo Jesús, y segundo, aquella del Cristianismo universal desplegando el punto donde su propia Ciencia viviente es a la larga traída a luz, o donde las demostraciones inmortales de Jesús pueden comenzar a ser comprendidas por toda la humanidad.

Entonces éstas son las dos venidas del Salvador del mundo, las que demandan ser entendidas en su relación enlazada como el hombre y la mujer del Padre-Madre Dios, porque es sólo en su universal unidad espiritual, que la verdadera identidad indestructible de la familia de la humanidad yace.

El Salvador del materialismo

Considerando así las dos venidas del Cristo en relación con las Escrituras como un todo, notemos que el décimo séxtuplo mensaje (cuádruplo) de los profetas de Israel cierra el Antiguo Testamento y abre la puerta para la misión de Jesús al comienzo del Nuevo (en donde el énfasis está en *la individualidad y en el hombre*), por lo que la ciudad en cuadro del Libro de la Revelación que cierra el Nuevo Testamento, es la profecía de la llegada a la humanidad de la *Ciencia Cristiana* (en donde el énfasis está en *la universalidad y en la mujer*).

Y como en la Verdad no hay tal cosa como una individualidad sin universalidad, ni tampoco tal cosa como un hombre (masculinidad) sin mujer (feminidad), así la comprensión de ambas misiones en su matrimonio espiritual y atemporal, demostrando la necesidad primordial del Principio Padre-Madre del universo, elimina la creencia de estar históricamente separados por dieciocho siglos de organización y tiempo materiales. Esto de inmediato pone en movimiento la solución al problema del dualismo materialista y todo lo que incluye.

En su simultaneidad atemporal se halla al Salvador de ese vapor original de la mitología mortal, el cual se supone subía de la tierra en Génesis 2:6 y regaba toda la faz de la tierra. Como el opuesto a la luz del primer día de la creación, este vapor oscuro es la premisa primordial de que el hombre, habiéndose separado de su origen en Dios en primer lugar, es separado por su mujer de su estado de hombre o masculinidad en segundo lugar, con la resultante de que el propio hombre, en lugar de Dios, cree ser el creador y gobernador del hombre. El hombre  *cree*  que tiene una vida, una mente, una voluntad, propias, en tanto que el hombre, como verdaderamente es, tal como lo revela el primer capítulo de Génesis,  *es hombre en la totalidad de su masculinidad y su feminidad* , reflejando (mas no poseyendo) la Vida, la Mente, la voluntad, del Padre-Madre Dios como su origen, el creador, el poseedor, de todo lo que realmente existe.

Estamos tocando las raíces del problema de la mortalidad; y si no analizamos y comprendemos dichas raíces, ¿cómo es que confiamos resolver el problema?

Donde la mortalidad pretende comenzar, es decir, de acuerdo a las enseñanzas del profeta Isaías, está el momento de la caída del cielo del rebelde y voluntarioso ángel, Lucifer, quien adulterara con la dualidad del materialismo todo el curso de la

historia humana. O al menos así parece a los sentidos materiales, aunque claro que no es así para la Ciencia, la Verdad.

“¡Cómo caíste del cielo, OH Lucero, hijo de la mañana!”, escribe Isaías como parte de su denuncia de la naturaleza satánica del principal enemigo de Israel, Babilonia (Isa 14:12) – Babilonia es de por sí, el símbolo bíblico del círculo mortal de nacimiento y muerte. “Tú que decías en tu corazón: ... junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono,... seré semejante al Altísimo... Más tú derribado eres hasta el Seol...” (Isa 14:13-15) Y las palabras correspondientes de Jesús en los Evangelios son: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.” (Luc. 10:18)

Todo lo anterior implica que lo que este ángel ambicioso y egoísta codiciaba tan fervientemente era una voluntad, una inteligencia, una vida, propias, independiente de la voluntad, la inteligencia y la Vida que es Dios.

‘No tu voluntad sino la mía sea hecha’, es la aparente afrenta que Lucifer hace al Principio gobernante del universo. Y sólo cuando este error primordial es invertido por Jesús, inmediatamente antes de su crucifixión y resurrección, es que el mito original del hombre es supuestamente apartado de Dios, eliminado en la escala individual; y sólo cuando el mismo error es correspondientemente invertido por la Ciencia Cristiana, y por lo tanto por la misma humanidad, es que es eliminado finalmente de las escalas colectiva y universal.

Así debemos comprender que en realidad no hay dos tipos de hombres, uno mortal y el otro inmortal, uno, Lucifer y el otro Cristo, uno caído y otro no, del mismo modo que tampoco hay dos clases de ciencias, una física y otra la Ciencia divina. La tal llamada ciencia física es en verdad la Ciencia divina supuestamente descendiendo “como un rayo” del cielo a la tierra.

De ahí que el significado del nombre Lucifer sea “el que trae la luz”, en tanto que el hombre-Cristo tipificado por Jesús, es verdaderamente la viviente “luz del mundo”. La inversión de lo falso señala así hacia la unidad de la verdad, y por lo tanto, a la solución aquí y ahora, del problema de los aparentes opuestos.

¿Qué es entonces aquello que verdaderamente invierte y corrige el error mítico original? Con seguridad que no es el “hágase mi voluntad, y no la tuya”, dirigido al Padre-Madre Amor, el Principio gobernante del universo. O, en las palabras de la Oración del Maestro: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Mat. 6:10) O de otra manera, tal como lo declaró el profeta Daniel: “...él [Dios] hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dan. 4:35)

Aquí, la voluntad de la divinidad es reflejada y expresada por las acciones de la humanidad, en contraste con el ejercicio del poder de la voluntad humana, el cual, de acuerdo con el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana, es la propensión que “es capaz de todo mal.” (C & S 206:12)

Para sustentar esto, volvámonos al hermoso y pequeño poema anónimo registrado por el Científico Cristiano, Herbert W. Eustace, en su libro *La 'Correcta Enseñanza' de la Ciencia Cristiana*, y del cual él dice que Mary Baker Eddy evidentemente lo consideró valioso puesto que solicitó que se publicara en el *Journal* de octubre de 1900. Su título es simplemente, 'Consagración'.

Así es como va:

### Consagración

“Colocada ante Tu altar, mi divino Señor,  
por el amor de Jesús mi ofrenda acepta este día;  
no tengo joyas con las cuales adornar Tu templo  
ni renombrado sacrificio por hacer en este tiempo.

Más aquí traigo dentro de mi temblorosa mano  
esta voluntad mía – algo que pequeño pareciera  
y que sólo Tú, Señor amado, puedes comprender  
cómo, cuando Te la entrego, mi todo es lo que Te entrego.

Ha sido regada con lágrimas y opacada con suspiros  
asida de mi abrazo hasta que su total belleza feneciera;  
ahora, desde Tu escaño, donde derrotada yace,  
la oración asciende: ¡OH que sea Tu voluntad la que se hace!

Tómala Padre, antes que mi valor falle  
y se confunda así en Tu voluntad, para que cuando  
en alguna desesperada hora mis lamentos prevalezcan  
me devuelvas mi presente, debiendo estar

tan cambiada, tan purificada, habiendo florecido tan hermosa  
una con la Tuya, tan llena de paz divina,  
que no pueda conocerla o sentirla como mía,  
porque recobrando mi voluntad, hallar puedo la Tuya.

### La Voluntad del Padre-Madre Dios

¿No es hermoso? ¿Acaso el espíritu de este poema no cubre virtualmente la gama total de la mitología mortal desde sus comienzos en la supuesta rebelión del Lucifer de Babilonia, hasta donde, en el caso del Jesús individual (el aspecto masculino del Redentor del mundo) el poder de la voluntad humana se somete a la voluntad de Dios el Padre; y en el caso de la Ciencia Cristiana universal (el aspecto femenino del mismo Cristo-ideal y redentor) la misma transformación de la mortalidad en inmortalidad toma lugar por medio de someter la voluntad a Dios, la Madre?

Concibamos por lo tanto, las dos voluntades operando juntas y constituyendo la voluntad del Padre-Madre Dios. Porque el legado inmortal el cual esta Voluntad confiere, significa nada menos que la vida eterna para la humanidad. En el caso de la voluntad del Padre, significa resurrección *individual* de la tumba de mortalidad; en el caso de la voluntad de la Madre, significa resurrección *universal* del mismo confín mortal. Ambas voluntades, por decirlo así, comprenden la disolución espiritual, la transformación científica, de lo que el Libro llama: “la estructura orgánica y el tiempo [los cuales] nada tienen que ver con la Vida.” (C & S 249:21-22)

En relación con Cristo Jesús y la voluntad del Padre, la liberación tiene que ver con el sentido individual del cuerpo; en el caso de la Ciencia Cristiana y la voluntad de la Madre, el énfasis está en el cuerpo universal de la humanidad.

Y debido a que la Ciencia Cristiana pertenece de esta forma al cuerpo de la humanidad en el sentido genérico mundial, un símbolo de enseñanza debió necesariamente de emplearse para representar dicho cuerpo, y éste tomó la forma al principio, de la institución, y al final, de la disolución, de la organización de la iglesia de la Ciencia Cristiana.

Por lo tanto, aquello hacia lo que apunta gloriosamente, es hacia la resurrección corporal seguida de la traslación o ascensión no sólo en la experiencia de Jesús, sino eventualmente también en la experiencia de la humanidad.

De acuerdo con Pablo, la iglesia es el símbolo de la incorporación total del Cristo y por lo tanto sostiene la real identidad espiritual de toda la raza humana.

El don, bajo la voluntad del Padre de vida eterna para Jesús, el individuo (la “cabeza” indivisible del Cristo) es así complementado bajo la voluntad de la Madre, de vida eterna para toda la humanidad (el “cuerpo” infinitamente diversificado de esta cabeza).

La vida de la cual el Hijo, en su carácter de hombre y de mujer, hereda así de su eterna Mente paterna es Vida indestructible en sí misma, por siempre liberada de los ciclos de nacimiento y muerte.

El símbolo de la organización de la Iglesia Madre

A Mary Baker Eddy se le encomendó en esta forma, el tremendo compromiso de poner ante el mundo la verdad de la inmaculada, impecable e inmortal vida de la humanidad. Pero para poder cumplir esta tarea primero tuvo que despertar en sus propios seguidores una comprensión del gran Principio de Vida, el cual, constante e incansablemente ella trató de enseñarles. Porque era esto lo que los capacitaría al final para prescindir de la necesidad de una disposición maternal externa, y provocarían que reflejaran individualmente dentro de sí mismos, el aspecto materno de Dios y su despliegue tierno de lo nuevo de la vida.

“La enseñanza espiritual tiene que hacerse siempre por símbolos”, dice el Libro en su presentación de la universal ciudad materna en Revelación 21 (C & S 575:13-14) El símbolo que utilizó ‘la madre’ (MBE) para enseñar este Principio fue, en consecuencia, la Iglesia Madre de la Ciencia Cristiana. A través de ella los estudiantes fueron instruidos en el arte del divino auto-gobierno, para que, poco a poco, arribaran hasta el punto de ser gobernados subjetivamente sólo por Dios.

En la medida en que esto se llevara a cabo, su reconocido estatus correspondería con ese del segundo factor principal en la construcción y fundamento de la iglesia, es decir, individualmente, el gobierno propio de las *iglesias filiales* de la Ciencia Cristiana. Una vez que esto fuera consentido a ese grado, en las palabras de Isaías, ellos podrían “... para siempre heredar la tierra...” (Isa 60:21) Alcanzarían el cielo de su tierra natal y espiritual, divinamente prometido.

Tales fueron las sagradas medidas asentadas en el legado de la Madre, las medidas para implementarla, las cuales fueron consignadas en los artículos del prontuario de la Iglesia, el Manual de la Iglesia Madre. El Manual representó la *ley de Dios*, y por lo tanto sus normas eran inviolables.

Mas también estaba ahí el aspecto más mundano de la ley para ser considerado, y esto tomó la forma de la última Voluntad y Testamento de la Sra. Eddy, en el cual ella donó el resto de sus propiedades específicamente a la ‘Iglesia Madre’. Después, en un codicilo (acto posterior a un testamento) a su Voluntad, las palabras “Iglesia Madre” fueron suprimidas, y la donación fue hecha simplemente a “La Primera Iglesia de Cristo, Científico, en Boston, Massachussets”. Este fue el título original y último dado en las diversas escrituras legales de Fideicomisos instituidas por Mary Baker Eddy en el curso de su agitada carrera.

En tanto que el Manual así enfatizaba los requerimientos de la ley de Dios, las Escrituras de Fideicomiso, junto con la última Voluntad y Testamento, acentuaron los requerimientos de la ley sobre el terreno. Y lo primero debió encontrarse para determinar lo postrero, para que lo divino y lo humano fueron uno en coincidencia y la voluntad de Dios se hiciera “en la tierra, [tal] como en el cielo”.

Teóricamente, a la partida de la Sra. Eddy (como lo demostraremos en su totalidad más tarde), la función de un gobierno materno externo cesó de operar, y legalmente, la iglesia de Boston llegó a conocerse sólo por el nombre dado en sus propias escrituras legales, es decir, La Primera Iglesia de Cristo, Científico. Una vez que se obedecieran sus mandamientos, su estatus se convertiría en el de una iglesia local en Boston, extraordinariamente apreciada y reconocida universalmente, típica de “... el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo de Jehová.” (Zac. 6:12)

Notable por lo tanto, es la definición del diccionario Webster de la palabra “estatuto” como perteneciente a una “*sociedad desincorporada para la regulación de sus propios asuntos locales o internos*”.

**El propósito de la Madre, en relación con sus hijos – su familia mundial de iglesias filiales – fue así aclarado. Las hizo gobernarse a sí mismas responsable e individualmente desde su interno y propio ser espiritual, cada una dirigida por el propio Principio divino de la Madre, el Amor. Esta divina maternidad de Dios, reflejada en la maternidad de Mary Baker Eddy, les ha sido concienzudamente enseñada durante años.**

Fue así como ella les otorgó simbólicamente, su herencia de eterna vida indestructible, así como el Padre ha ejemplificado su verdadero don en el caso del individuo Jesús. Y la gloria del propio don en sí mismo, si sólo los Científicos Cristianos obedecieran y comprendieran, no es otra que su propia resurrección espiritual sobre las mortíferas restricciones de la vida orgánica y el tiempo.

La gracia del gobierno propio, o libertad de control dictatorial externo, es claramente lo opuesto a la clase de gobierno propio egotista y de ambición personal buscado por el voluntarioso Lucifer en su caída original del estado de gracia. En el caso de la Voluntad del Padre-Madre Dios, manifestada históricamente por las misiones de Cristo Jesús y la Ciencia Cristiana, el propio gobierno democrático para ser practicado por la humanidad debe ser siempre un reflejo divino del gobierno teocrático de Dios Mismo. De otra manera no hay posibilidad para que la voluntad divina sea hecha tanto en el cielo como en la tierra, y no haya posibilidad humana, por tanto, para solucionar el problema de la mortalidad del ser.

De ahí la necesidad del propio gobierno espiritual para suprimir el gobierno propio personal en la conciencia de la sociedad humana; y por ello para ser visto como el propósito divino desde el comienzo del movimiento de la civilización, y en consecuencia desde el comienzo del movimiento de la Ciencia Cristiana. Porque el movimiento de la civilización y el de la Ciencia Cristiana son, cuando se comprenden espiritual y científicamente, uno y el mismo movimiento de auto-gobierno divinamente prescrito, es decir, aquel del “Espíritu de Dios” atemporal (Gén. 1:2), moviéndose irresistiblemente sobre la faz de la conciencia humana y determinando un desarrollo humano ordenado hacia su herencia y Vida nonata e inmortal.

Observemos por tanto cómo, en la Biblia, este término “Espíritu”, el cual elimina “las tinieblas [que] estaban sobre la faz del abismo” (Gen. 1:2), está escrito con una ‘E’ mayúscula, en tanto que en *Ciencia y Salud* está escrito con ‘e’ minúscula. (C & S 503:6) ¿Cuál podría ser el significado de todo esto? En las palabras de Jesús a Nicodemo, la respuesta seguramente es que “el espíritu” (con ‘e’ minúscula) nacido “del Espíritu” (con ‘E’ mayúscula), dispone de “la carne nacida de la carne” en los subsecuentes siete días de la creación. [‘Génesis’, queriendo decir, ‘nacido’] (Juan 3:5-6)

En lo que nos vamos a aventurar, por lo tanto, conforme este libro se desarrolle, es en la visión de la raza humana avanzando hacia el milenio de historia de la

civilización en dirección a su meta divinamente preordenada. Y esto, en el caso de los bíblicos hijos de Israel, significa nada menos que el alcanzar su tan anhelada Tierra Prometida.

Tal como Enoc en el Antiguo Testamento, y como Jesús en el Nuevo, nuestra necesidad, por consecuencia, es 'hallarnos (nosotros mismos) *caminando con Dios*' en el curso de este ordenado desarrollo prescrito, aprendiendo a demostrar paso a paso la forma en la cual el Principio divino, el Amor, resuelve para nosotros y para toda la humanidad, el gran problema impersonal del ser.

Entonces, en la medida en que avance el milenio de acuerdo al orden de los siete días de la creación del primer capítulo del Génesis, al fin se alcanza la plataforma la cual es el equivalente al propio séptimo día – el estado en el cual Enoc (simbólicamente), y Jesús (verdaderamente), alcanzaron sus respectivas traslaciones o ascensiones. Como dijera Pablo en su Epístola a los Hebreos: "... Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios..." (Heb. 11:5) La razón para este final triunfante fue, por lo tanto, como leemos en Génesis, que "Caminó, pues, Enoc con Dio, y desapareció, porque le llevó Dios." (Gén. 5:24)

Y así la caída original y mitológica de Lucifer, representada por el vapor que se supone subía de la tierra en Génesis 2:6 y que adulteró el curso total de la historia humana, es erradicada de la conciencia conforme la humanidad despierta al hecho de que jamás, en la Ciencia divina, se ha apartado – jamás ha sido removida – del estado de su celestial divinidad. El problema de la aparente mortalidad de la humanidad es con ello, solucionado para siempre.

Citas semanales de la Lección proporcionadas por el Instituto Mary Baker Eddy.  
Visite nuestro sitio web en: [www. mbeinstitute. org](http://www.mbeinstitute.org)  
Para mayor información llame al (239) 656-1951. ¡Damos la bienvenida a sus comentarios!